

Antígona, la herencia de la culpa

ROSA MARÍA CAMACHO QUIROZ*

e-mail: rosycamacho319@hotmail.com

Recepción: 12-02-13

Aprobación: 10-03-13

RESUMEN

El presente trabajo aborda la figura de Antígona, ser paradigmático y perene, desde la culpa heredada por una estirpe infractora y su posibilidad de renacer en medio del sufrimiento. Hija de Yocasta, hermana de Ismene, Eteocles y Polinice e hija y hermana de Edipo, Antígona se encuentra en una dialéctica en la que su juega su propio destino. Por un lado, está determinada a cargar con la culpa de su linaje, con el castigo y el mal que conlleva ésta. Por el otro, es libre al decidir su fatídico futuro al realizarse en el amor y deber fraternal al enterrar a Polinice, en lugar de obedecer fielmente los preceptos del estado dictados por Creonte. En ese hacer desde su libre albedrío, este personaje florece y crece en su ser, en su relación de hermana e hija, asumiendo su muerte por decisión y no por castigo.

Palabras clave: culpa, mal, libertad, tragedia, fraternidad, herencia, florecimiento, determinismo.

ABSTRACT

This paper deals with Antigone as a character, a paradigmatic and perennial being, from her inherited guilt due to her transgressive lineage and her possibility of rebirth within suffering. Daughter of Jocasta, sister of Ismene, Eteocles and Polynices, and both daughter and sister of Oedipus, Antigone is immersed in a dialectic relationship in which her own faith is involved: on one hand she is determined to be loaded with the guilt of her lineage and with the punishment and evil that this load implies and, on the other hand she is free to choose her own fated future at the moment of flourishing in the love and sisterly duty while burying Polynices instead of obeying the precepts of the state dictated by Creon. Within that free will, the character flourishes and grows as an individual, in her relationship as a sister and as a daughter, and assumes her own death as a choice, not as a punishment.

Keywords: Guilt, evil, freedom, tragedy, fraternity, heritage, flourish, determinism.

* Maestra en Humanidades, línea en Ética. Docente de la Licenciatura en Letras Latinoamericanas de la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México.

*Venció una vez y continúa venciendo.
Esta radiante criatura no pertenece a ninguna época!
Cuando la miro, se me encrespan todas mis fibras
como yesca al soplo del aire:
lo que hay en mí de imperecedero se agita,
de todos los seres se me manifiesta su más profunda esencia
que gira alrededor de mí relampagueante ;
estoy cerca del alma de la hermana
muy cerca, habiéndose desvanecido el tiempo; de los abismos
de la vida quedan descorridos los velos...*

(Prólogo en verso de la representación teatral de *Antígona*. Berlín, 1900)

Un puñado de mitos griegos continúa irradiando luz sobre nuestro sentido del yo y del mundo que nos rodea. Muchos son fascinantes y contienen codificados algunos primarios enfrentamientos biológicos y sociales registrados en la historia del hombre, los cuales perduran en el recuerdo y reconocimiento colectivo (Steiner, 2000: 354). La *Antígona* de Sófocles no es texto cualquiera, es un hecho perenne en la historia de nuestra conciencia filosófica, política y literaria. ¿Por qué *Antígona*? La figura de Antígona es eterna, siempre hay una Antígona cercana a nosotros, en nuestro presente.

La soledad y su indomable espíritu de rebeldía contra la norma cívica hacen de Antígona una de las figuras más representativas de la tragedia ática. La tragedia griega honra la libertad humana por cuanto hace que sus héroes luchen contra la fuerza superior de su destino. Las exigencias y limitaciones del arte piden la derrota del hombre en su lucha, aun cuando la culpabilidad que acarrea la derrota esté rigurosamente dispuesta por el destino (Steiner, 2000: 17).

En la tragedia griega, la dimensión de la trascendencia es esencial. En el mito cobra cuerpo el potencial de finalidad al posponer su realización en virtud de la ambigüedad del error y del conflicto. En el mito hay siempre un <aguardar> la significación. Esta expectativa no resuelta da nacimiento a la tragedia griega y la deja inagotablemente abierta a nuestras necesidades de comprensión (Steiner, 2000: 357).

El adentrarse en *Antígona* a partir de los antagonismos constantes hombres-dioses; hombre-mujer; viejos-jóvenes; individuo-estado; vivos-muertos, claves para entender su <eternidad>, conduce a examinar el sentimiento de culpabilidad que a nuestro personaje aque-

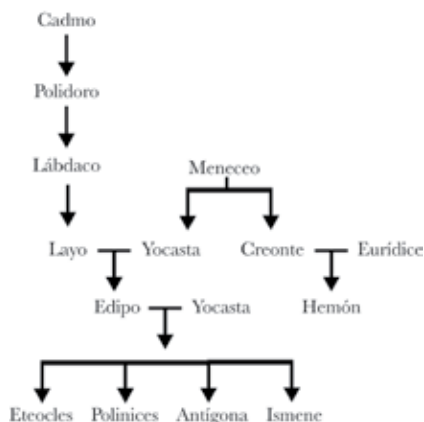
ja. Antígona es culpable porque invadió el mundo de los varones y quebrantó las leyes del estado. El choque supremo entre el mundo del hombre y el mundo de la mujer. La dialéctica de la colisión de lo universal y lo particular, de la esfera del hogar femenino y del foro masculino, se concretan en la pugna entre el hombre (Creonte) y la mujer (Antígona) por el cuerpo del muerto (Polinices). El hecho de que se entable semejante pugna, define la culpabilidad de la mujer ante los ojos de la polis: “La mujer es la realización concreta del crimen. El enemigo interior del Estado antiguo es la familia que él destruye y es el enemigo particular al que no reconoce; pero el estado no puede prescindir de ellos” (Steiner, 2000: 357).

Hegel asigna a la tragedia la <culpabilidad predestinada> (imposible de evadir; debe ser asumida por todo humano que se precie de serlo). Culpa en la cual, y en virtud de la cual, el individuo (héroe trágico) cobra enteramente su propio ser, retorna fatalmente a sí mismo sin renunciar a su armonía con la vida. El choque y el conflicto son atributos necesarios para el despliegue de la identidad individual y pública, pero como la vida no puede dividirse, ya que su meta es la unidad del ser auténtico, este conflicto engendra la <culpa trágica>. Esta inevitable culpabilidad puede ser superada por el <alma bella> donde el conflicto y los sufrimientos no acarrear una perturbación de la unidad existencial (en apariencia). Hegel, más tarde, renuncia a esta idea y argumenta que la conciencia humana ha de encontrar la autorrealización en lo heroico, por lo tanto, el hombre o mujer históricamente representativos “debe pasar primero por ese crepúsculo de la mañana que es la conciencia desdichada” (Citado Steiner, 2000: 40).

Además de interesante, es necesario hacer un recorrido por la ascendencia culposa, trágica e inserta en el mal de Antígona. La tragedia de Sófocles se sostiene en una cadena genealógica de transgresiones fatales. Edipo cumple el rol relevante en esa concatenación, pero no es el único, sino uno más de los eslabones. Él transmite íntegramente la maldición, sólo hereda a sus hijos la necesaria reiteración de la culpa, de la desgracia, de la fatalidad.

Ésta es la historia:

GENEALOGÍA DE ANTÍGONA:



Lábdaco, padre de Layo, se une con Yocasta y de dicha unión nace Edipo, el cual se casa con su madre (Yocasta) y procrean cuatro hijos: Eteocles, Polinices, Antígona e Ismene. La familia de los Labdácidas es una familia envuelta en la desdicha. Tras la muerte de Lábdaco, Layo, al igual que Edipo, es apartado de su linaje y del trono de Tebas.

Ya muerto Lábdaco, nieto de Cadmo (fundador de Tebas), siendo Layo muy joven, Lico, hermano de Nicteto, se hizo cargo de la regencia de Tebas. Más tarde, Lico fue asesinado por Zeto y Anfión, primos de Layo, quienes vengaban la muerte de su padre Antíope, así, se apoderan del reino de Tebas. Layo huye y busca refugio en el reino de Pélope, héroe anónimo del Peloponeso, donde se enamora del joven Crisipo, hijo de Pélope. Layo prendado del joven, lo rapta y viola, crimen que lo hace pasar a la historia como el fundador del <amor contranatural>. Pélope enfurecido, lanza sobre Layo la maldición de Apolo (de Hera en otras versiones), condenando a la raza de los Labdácidas hasta el agotamiento por el <Crimen de Layo> (amar a Crisipo). Los Labdácidas deben extinguirse como castigo. El oráculo no hace más que reproducir la maldición (Grimal, 1979: 310).

La ruina pesará sobre la casa de Layo. —Layo, hijo de Labdaco, suplicas una próspera descendencia de hijos. Te daré el hijo que de-

seas. Pero está decretado que dejes la vida a manos de tu hijo. Así lo consintió Zeus Crónica, accediendo a las funestas maldiciones de Pélope cuyo hijo querido raptaste. Él imprecó contra ti todas estas cosas (Sófocles, 1998).

Cuando Anfión y Zeto desaparecieron a su vez, el primero después de la catástrofe de los Nióbidas, y Zeto por el pesar que le causara la muerte de su hijo, Layo fue llamado por los tebanos a ocupar el trono. Ahí contrae matrimonio con Yocasta (Grimal, 1979:310). Afligido por no tener hijos acude al oráculo de Delfos a preguntar por qué su esposa no le había dado hijos, el oráculo le respondió: “Layo, deseas un hijo. Tendrás un hijo. Pero el destino ha decretado que perderás tu vida en sus manos [...] debido a la maldición de Pélope, a quien una vez le robaste un hijo” (Shinoda, 2002: 47). Lo anterior, una forma de aplicación de la ley del talión de los judíos: “ojo por ojo y diente por diente”.

Layo no pudo escapar al oráculo que le predecía que sería asesinado por su hijo. Fue muerto por Edipo no lejos de Delfos, en el cruce de los caminos de Dáulide y Tebas. Layo iba a interrogar al oráculo cuando fue inmolado por su primogénito (Grimal, 1979: 310). La felicidad dura poco en Tebas, la fatalidad regresa con golpes más certeros. El pueblo acude a pedir ayuda a su rey, quien consulta al oráculo y éste le indica que la miseria no abandonará a la ciudad hasta que encuentren al asesino de Layo. Edipo jura a su pueblo encontrar al culpable y, así, descubre la fatal realidad. Horrorizada por el descubrimiento, su madre y esposa, Yocasta, se ahorca en su habitación. Ante tanta desolación, sufrimiento y convencido de que la muerte no es suficiente para expiar su culpa, Edipo se arranca los ojos con los broches del vestido de su madre y esposa. Antígona, fiel a su padre, lo acompaña en el exilio (Sófocles, 2005: 195-295). Los crímenes de Edipo son muchos más grandes que la resistencia de su mirada ante el mal infringido.

Antígona, de vuelta a Tebas, atraviesa sus murallas, mira el desastre, los cuerpos caídos, las lanzas, los cuchillos de los tebanos en pugna. Busca a sus hermanos entre los cadáveres. Arrastrada por la tristeza reconoce a Polinices, desnudo, tendido en la maldición del olvido. Muerto también, en el lugar de la gloria, está el otro gemelo,

Eteocles, quien tampoco reinará la codiciada ciudad. Divididos por la ambición, unidos por la soledad de la muerte. La sufrida hermana egresa al lado de Polinices e incitada por la fuerza del linaje, levanta el cuerpo disputado por los buitres, a lo lejos, en la colina, el tirano observa la escena (Robles, 1999: 333-335).

Antígona carga con los errores, tanto de sus predecesores como los de ella. En ella, así como en sus hermanos, está inscrito el abuso, el abandono, la desolación, la fatalidad, la muerte y, por supuesto, la culpa. Nuestra protagonista, como sus colactáneos, son culpables por haber sido procreados por Edipo y tienen que expiar las faltas cometidas por su stirpe. Su falta es pertenecer a la saga de los Labdácidas y lo vaticinado ha de cumplirse. La culpa de Antígona es culpa ajena y propia, por supuesto, aquella que se arrastra por herencia.

Esa culpa de <estirpe> inicia como efecto de una primera fechoría, aparentemente aislada, que ya en los hechos de las siguientes generaciones habrá crecido como <bola de nieve> y todo ese ingente cúmulo de culpa caerá sobre las espaldas de la descendencia, aún de Antígona, que por efecto de una reacción sentimental, la quisiéramos como la más limpia e inocente.

CORO ANTIESTROFA I

Observo que las penalidades de la casa de Lábdaco y sus descendientes, ahora en trance de extinción, están recayendo desde la fundación de la casa, penalidades sobre penalidades, y no consigue librar de ellas a una generación a la siguiente generación sino que, al contrario, hay algún dios que los está arruinando, y estas penalidades no tienen solución (Sófocles, 2005, 168)¹

Antígona es la hija y hermana fiel, amorosa e incondicional, la que acompañó a su padre ciego al destierro y la que se negó a acatar la orden de Creonte de dejar insepulto el cadáver de su hermano Polinices, el hermano que murió al frente de un ejército enemigo atacando su ciudad.

¹ En lo sucesivo, en las citas de la tragedia sólo se anotará la página.

No elige a sus hermanos enemigos: los gemelos son para ella un sobresalto de dolor. Ha recibido como patrimonio la obligación de perecer: sus cabellos de loca, sus harapos de mendiga, sus uñas de ladrona muestran hasta dónde puede llegar la caridad de una hermana [...] un oscuro instinto de posesión la inclina hacia ese culpable que nadie va a disputarle (Yourcenar, 2005: 42).

En la tragedia griega, el destino lo decide la voluntad de los dioses. El héroe, cuando se da cuenta de su error, acepta su culpa y su destino trágico. Antígona decide por voluntad propia condenarse, aunada a la obligación que está dada por la sangre y que asume con arrojo.

ANTÍGONA. —¿Sabes que nuestra desgracia empieza con Edipo y que no hay una sola cosa que Zeus no cumpla en nosotras dos aún en vida? Te digo esto porque no hay una sola cosa dolorosa ni exenta de calamidad ni vergonzosa ni deshonrosa que no haya visto yo entre las desgracias que nos afligen a ti y a mí (147).

Antígona no ha elegido a su familia, el destino la integró a ella. Sin desearlo, sin habérselo consultado y sólo por haber nacido del incesto entre su madre y su padre, que es a la vez su hermano, sólo por llevar esa sangre impura y llamarse Antígona, deberá hacerle frente a lo que jamás hubiese deseado y que, sin embargo, con sus agallas cumplió con su hermano, lo que sirvió de ocasión para que sobre ella se precipitara el destino, la fatalidad y la culpa.

CORO ANTIESTROFA 2

ANTÍGONA

Me tocaste la fibra más sensible, la pesadilla por la desgracia una y otra vez removida de mi padre y el compendio del destino fatal que nos ha correspondido a nosotros, los famosos descendientes de Lábdaco. ¡Ay, locura de mi madre [...] ¡Ay! ¡Que se acostara mi madre con su propio hijo, mi desventurada madre con mi propio padre!

Esto les aconteció a aquellos de quienes un día yo, abrumada ahora en mi mente de molestos recuerdos, nací, y hacia quienes ahora me dirijo a compartir la morada, ¡maldita y soltera! ¡Ay hermano, al contraer malhadado matrimonio, tú una vez muerto, me despojaste a mí de la vida que aún tenía! (177).

Antígona es abandonada y condenada a la soledad absoluta. Pena que debe asumir porque su misión es incompatible con las fórmulas inventadas por los hombres. Ella asume el deber que le impone la esfera familiar, la que le es propia según las normas de la sociedad griega de su tiempo: “el amor familiar, el amor sagrado, interior que corresponde al sentimiento íntimo y por eso conocido también como la ley de los dioses domésticos, choca con el derecho del Estado” (Steiner, 2000: 53)

Antígona, una vez elegido el camino que consideró más justo, ya no tiene opción, a solas afronta su destino con valentía: el destierro del mundo de los vivos. Su opción, la caverna, morada indigna que será su sepultura. Comprendiendo lo inútil y tardío del ofrecimiento de Ismene en sepultar el cuerpo de Polinices, decide hacerlo todo ella sola, por eso la rechaza:

ANTÍGONA. —¡Estate tranquila ¡ tú todavía disfrutas de la vida, en cambio mi espíritu lleva muerto ya mucho tiempo, de donde se deduce que tiene que prestar su ayuda a los muertos (166).

Nuestra protagonista tiene plena conciencia del alcance y las dimensiones de sus actos, éstos, abren los ojos de los necios. La enseñanza que trasmite viene después de lo irremediable:

CREONTE. —¡Ay de mí, lo he aprendido en medio de mis desgracias! Por lo visto fue la divinidad quien entonces, sí, entonces me cogió y descargó sobre mi cabeza todo el enorme peso de sus golpes y quien me zarandéó (191).

El actuar de Antígona supone, ante los ojos de los demás, lo que constituye la culpa. Esta doliente doncella asume su posición en el mundo, se reconoce en la fatalidad que su stirpe le ha transmitido. En la tra-

gedia crece, constituye su ser, rebasa lo contingente para ser eterna. “Ella, la sin mancha, inocente, es colocada como víctima total: debe cargar con las culpas de la institución política derivadas de su siempre frágil naturaleza, con los defectos mortales del ansia de poder de sus hermanos, y todo ello con énfasis marcado sobre su condición de mujer” (Díaz, 2004: 4).

LA DIALÉCTICA DE ANTÍGONA: DETERMINISMO Y LIBERTAD

Según se ha expuesto, el destino de Antígona era el sufrimiento, la culpa y el castigo, causa de las faltas de su genealogía, mas no podemos dejar de lado que Antígona entra en una dialéctica en la que se juega su determinismo y su libertad. Nuestra heroína tomó en sus manos su vida, si bien el sino de los héroes trágicos proviene desde antes y desde arriba, ella asume su posición ante su hermano Polinices, ante Creonte, ante ella misma y ante su padre.

“Ahí donde está en nuestro poder el actuar, está también el no actuar [...] ahí en donde está en nuestro poder el No, también está el Sí” (Aristóteles, 1980: 60). Dentro de una concepción determinista no hay un absoluto, siempre implícitamente está presente la libertad; o sea, la capacidad de “opción”, de “valoración” y de “decisión”; porque existen, de un modo o de otro, alternativas y posibilidades abiertas (González, 1989: 59).

La realidad del ser humano es obra de su esfuerzo y de su lucha, del empeño y la acción constante que deben ser voluntariamente asumidos. “Somos, no lo que escogemos ser de una vez por todas, sino lo que elegimos ser en cada instante” (Aristóteles, 1980: 59).

Antígona toma la decisión de sepultar a su hermano contraviniendo la ordenanza de Creonte. Ella asume su Sí con todas sus implicaciones. Si bien su herencia era la culpa y su expiación, éstas no copan al grado de impedir el desacato ante lo que considera indebido, Antígona sufrió el exilio con su padre, lo que le implicó rechazo, abandono, pobreza, por supuesto, culpa; como actitud consecuente ante la aceptación de la <culpa heredada>.

Nuestra protagonista al ejercer el ámbito de su libertad, único reducto que le dejaron los acontecimientos de su historia familiar y las convenciones humanas (leyes del estado), se concede el derecho de

decidir, margen último de autonomía, desde sus propias convicciones ejerce su libertad y <rompe> ese encadenamiento de penuria que envuelve a su stirpe, es decir, su sufrimiento, es su <elección>. Ella asume las causas fatales de su obrar en el momento en que opta por sepultar a su hermano y desobedecer al mandatario. Bien podía dejarlo insepulto, pero en la disyuntiva de su hacer, se da el Sí.

Antígona en su dialéctica, se juega su propio destino y en cierto modo, intenta rescatarlo o recomponerlo, por ello, opta por ejercer su libertad al no dejarse arrastrar por las determinaciones del pasado o las del presente.

Ahora bien, ¿Antígona podía haber tenido otra suerte? ¿Tenía la posibilidad de no repetir el destino de su familia? La fatalidad está inscrita en la vida de los descendientes de Lábdaco. Nuestra heroína de una forma u otra está destinada. Lo inaudito del gesto de nuestra protagonista, por encima de su destino fatal, cobra realce por la entereza con que trata de superarse en aquello que ya no depende de los demás, sino de ella misma

Lacan sitúa a Antígona en el límite del sufrimiento, lugar en el que el ser humano no puede permanecer por mucho tiempo, según él, ella se sale de las demarcaciones humanas, es decir, su deseo apunta más allá de la calamidad, a la muerte:

Uno se acerca o no a la *Ate*² y cuando se acerca a ella se debe a algo que en este caso, está vinculado con un comienzo y con una cadena, la de la desgracia de la familia de los Labdácidas. Cuando uno comenzó a acercarse a ella, las cosas se encadenaban en cascada y lo que se encuentra en el fondo de lo que sucede en todos los niveles de este linaje es: el *merimna*³ de los Labdácidas que empuja a Antígona hacia las fronteras de la *Ate* (Lacan, 1997: 316).

Todos los eventos trágicos que han ocurrido por las acciones de los otros, marcan el destino de Antígona y más allá de ser fiel al destino de los dioses, a las leyes no escritas, reafirma su fidelidad a su linaje, a su esencia de hermana e hija devota. Ella no actúa por seguir preceptos

² En griego significa ruina, fatalidad, calamidad y la diosa correspondiente.

³ En griego significa ansiedad, preocupación.

divinos, su quehacer viene desde su opción de vida, que le significa muerte.

La vida heroica de Antígona no está sólo enmarcada por la predeterminación, sino también por el coraje de su decisión. De su lección o enseñanza se desprende la negación a no confinar la existencia del ser humano, solamente, como ser esclavizado, inmerso en un orden de mera fatalidad, sin sitio abierto para la libertad (González, 1989: 18).

A la luz del psicoanálisis, según Freud, la libertad, la conciencia del libre albedrío, es verdadera por cuanto confirma que no todo obedece a un determinismo exterior, pero que esta conciencia de libertad no hace más que encubrir otro determinismo, no menos fatal, el que está inscrito en el inconsciente y es de carácter interno: “Lo que por un lado queda libre (consciente) por el otro (inconsciente), recibe una determinación de índole fatal o necesaria. La supuesta “libertad” no es entonces sino *destino interior*, ciego y subterráneo” (González, 1989: 15)

En la disyuntiva de Antígona entre determinación y libertad podemos percatarnos, según lo anterior, que se da en tres planos: divino, psíquico y en la lucha entre dioses mitológicos: Eros y Tánatos. Por un lado, los dioses decretan la determinación en Antígona. El oráculo anuncia la condena de los descendientes de Lábdaco: <el sufrimiento hasta el agotamiento>; por otra parte, partiendo de lo expuesto por Lacan y Freud (psicoanálisis), la heroína está predeterminada por su inconsciente proclive hacia la muerte. Mas no olvidemos que ella afronta un dilema: la vida o la muerte. Si bien ella elige de entre la vida y la muerte, su propia muerte, es porque antepuso su amor de hermana. La elección implica libertad porque “los factores determinantes no interfieren en el ámbito de la libertad, no lo reduce, no lo invade ni lo agota, paradójicamente, por el contrario, pudiera propiciarlo” (González, 1989: 20).

ANTÍGONA. —¡Oh ciudad paterna de la tierra tebana y dioses progenitores! Ya me llevan sin más tardanza. Mirad, autoridades de Tebas, a la única que quedaba de las infantas ¡cómo soy yo y cómo los hombres que me infligen tamaña afrenta, y es por eso por acatar el más piadoso acatamiento! (180).

EL FLORECER DE ANTÍGONA, MARÍA ZAMBRANO

Creonte condena a Antígona a sufrir una de las peores muertes: ser enterrada viva en una cueva para que poco a poco muera de inanición, sin embargo, ella dedica sus últimos momentos a reflexionar sobre el sentido de su vida. Nuestra protagonista no esperó la muerte, fue en su búsqueda y dio con ella en la tumba. María Zambrano, en *La tumba de Antígona*, arranca ese momento de la tragedia griega, creando así, su propia Antígona. Reabre este capítulo y en vez de haber una muerte, da lugar a un renacimiento. Zambrano le otorga la oportunidad de florecer a través del sufrimiento, con el cual su vida y existencia ganan en valor y trascendencia. “Mucho hablé de la muerte yo, mucho de los muertos, ¿dónde están ahora? Estoy aquí sola con toda la vida. Pero no te llamaré, muerte, no te llamaré. Seguiré sola con toda la vida, como si hubiera de nacer, como si estuviera naciendo en esta tumba” (Zambrano, 1986: 201).

La tumba de Antígona es una cuna de su ser naciente. En la oscuridad del sepulcro intuye la verdad de su ser interior. Todo lo que ella desconoce de su propio ser habrá de ser develado. El sufrimiento la conduce a la claridad de su conciencia. “No tumba mía, no voy a golpearte. No voy a estrellar contra ti mi cabeza. No me arrojaré sobre ti como si fueras tú la culpable: Una cuna eres; un nido. Mi casa. Y sé que te abrirás. Y mientras tanto, quizá me dejes oír tu música, porque en las piedras blancas hay siempre una canción” (Zambrano, 1986: 225).

Zambrano pretende rescatar una vida no vivida por Antígona. Su sacrificio es liberador de la culpa heredada. Sacrificio que fue su esencia de vida y que ahora le da la oportunidad de reconocerse. El descenso de Antígona a la tumba es interpretado por la filósofa española como el retorno a las entrañas, tras el objetivo de darle oportunidad de estar frente a su propia imagen (Díaz, 2004: 4).

Antígona vive su transformación durante el transcurso de un día. Su conciencia se ilumina en cuanto se le aparecen los fantasmas que habitan en su interior. Así, dialoga con todas las sombras, personajes con los que ha ido entretejiendo su destino, incluso, no todos muertos, como Creonte. Desfilan ante ella Yocasta, Ana, la nodriza, Ismene,

Hemón, Edipo, Eteocles y Polinice. Sus voces resuenan en la de la propia Antígona y repercuten todavía con el eco de su efecto:

Sombra de mi vida, sombra mía. Una muchacha yo, nada más que eso. Y ¿lo fui? ¿He sido alguna vez solamente eso, una muchacha? ¿Por qué no veo esa sombra?, ¿es la mía? ¿Hay una luz de nuevo aquí? No, no es de ahora, no puedo ser esa muchacha de quien es la sombra [...] Y ahora hay otra sombra. ¿Eres tú hermano mío [...] al fin vienes a buscarme? (Zambrano, 1986: 227).

A través del diálogo que entabla con las sombras, nuestra inmolada doncella despierta y, aún más, toma conciencia de su situación, poco a poco consigue despojarse de prejuicios, sinrazones y culpas ajenas que le habían marcado la existencia. Libre de atavismos se podrá escuchar, conocer su interior exorcizado por la confrontación con su ser y con sus fantasmas:

Yo me quedaré aquí como una lámpara que se enciende en la oscuridad. Tendría que ir todavía más abajo y hundirme hasta el centro mismo de las tinieblas, que muchas han de ser, para encenderme dentro de ellas. Pues sólo me fío de esa luz que se enciende dentro de lo más oscuro y hace de ello un corazón (Zambrano, 1986: 258).

Como la luz de la aurora que logra sacudirse parte de las tinieblas en las que se envuelve toda existencia humana cuando es asumida con seriedad.

La cueva es oscura, permite al entendimiento de Antígona poseerse sobre su propio ser. Mientras transcurre el día, a cada instante, se abre paso un nuevo y más pleno modo de existir. La luz que proviene de su interior, de un corazón renovado, purificado, ilumina todo lo que está a su alrededor, producto del nacimiento de una nueva conciencia. Al exterior de la gruta la luz se apaga; eso no importa, porque nuestra protagonista, en su desarrollo interior, vislumbra el surgimiento de su propia aurora. Ya no necesita la luz externa, ella emite otra luz, la de un nuevo florecer que la convierte en modelo y prototipo de otra forma más auténtica de ser.

Así pues, la *Tumba de Antígona* concede a nuestra protagonista “Un segundo nacimiento, el de darse a luz a sí misma por obra de la conciencia, del saber generado por sí y de sí misma y de todo lo que la rodeó” (Díaz, 2004: 5).

Si la fortuna de Antígona estaba adscrita al extravío, a la calamidad, al límite del sufrimiento, camino inevitable hacia la muerte, o si la fatalidad era su destino interior marcado por su inconsciente, más allá de esto, Antígona encontró ese <otro> que nos habita para enfrentar la responsabilidad de nuestros actos y no sentirnos como tomados por un destino. Romper con la fatalidad o con la repetición implicará, otro <mito>, uno nuevo que permitirá emerger lo inédito, marcar una diferencia con el pasado y vencer la repetición del fracaso.

Antígona es una figura única, su singularidad la hace su promesa cumplida, cumplimiento que la conducirá a la muerte como declaración de libertad. Su existencia es narración de vida donde ella es hablante, agente y lo más importante, narradora de su propia existencia. Ella asume la responsabilidad de sus actos y sufre las consecuencias, al ejercer su libertad accede a una comprensión de sí misma cargada de sentido. Antígona es una víctima del mal puesto por el otro, al ejercer su libertad detona éste, sus actos fraternos ceden al apremio del adversario.

BIBLIOGRAFÍA

01. Aristóteles (1980), *Ética a Nicómaco*, Libro II, cap. I, México, Espasa Calpe.
02. Díaz, Ávila Adolfo (2004), “María Zambrano y su Antígona”. *La Jornada Semanal*, núm. 510 ,México, DF.
03. Grimal, Pierre (1997), *Diccionario de mitología griega y romana*, Barcelona, Paidós, Barcelona.
04. González, Juliana (1989), *Ética y libertad*, México, UMAM
05. Lacan, Jacques (1997), *La ética del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós.
06. Robles, Martha (1999), “Antígona” en *Mujeres, mitos y diosas*, México, Tezontle, FCE, CONACULTA
07. Sófocles (1998), “Introducción” en *Siete Tragedias*, Madrid, Gredos.
08. Shinoda Bolen, Jean (2002), *Los dioses de cada hombre*, Barcelona, Cairos, Barcelona.
09. Sófocles (2005), “Edipo rey” en *Tragedias completas*, Madrid, Cátedra, Madrid, 2005.
10. Steiner, George (2000), *Antígonas. La travesía de un mito universal por la historia de Occidente*, Barcelona, Gedisa.
11. Yourcenar, Margarita (2002), *Fuegos*, Buenos Aires, Editorial Punto de Lectura.
12. Zambrano, María (1986), “La tumba de Antígona” en *Senderos*, Barcelona, Anthropos.